

"Entre nosotros la noción de escenario es increíblemente arcaica. ¿Para qué tenemos necesidad de todos esos bastidores y pasillos? ¿Para disimular las paredes de ladrillo siempre sucias, con sus decorados, sus telones pintados y sus panoramas colgados desde arriba? ¿No construiremos entonces nunca un teatro cuya embocadura de escena pueda abrirse?"

J. A. Hormigón.

La caída del ingreso real del venezolano, persistencia que ya rebasa tres lustros, erosionó las expectativas de progreso ininterrumpido que habían tomado cuerpo en el inconsciente colectivo.

Las presiones inflacionarias desconocidas en nuestro medio, y agudizadas durante los dos últimos períodos constitucionales, son síntoma del cambio que se venía gestando en la base de sustentación del proyecto social del populismo.

El progresivo descenso de la renta petrolera, como fuente alimentaria del proyecto, comenzó a revertir, no sólo la manera de conducir la economía nacional, sino las formas de relacionamiento de los actores sociales con el Estado. Así, su ilusión de mantenerse como usufructuarios de una riqueza no generada internamente, se desvanece. Más aún: las políticas oficiales indican que un nuevo tejido de relaciones debe imponerse, como antesala a otra racionalidad.

La inusitada violencia que acompaña como su sombra al presente ejercicio gubernamental, aparece como colofón de una crisis que no pudo seguir siendo subvencionada. Las dávidas oficiales (beca alimentaria y demás), son simples adherencias al propósito de reorientación económica. En el mejor de los casos, permiten colocar la presión masiva en un nivel manejable.

A todo ésto, una vez que otras reglas de juego pugnan por imponerse, nos encontramos con una sociedad civil embrionaria que no puede enfrentar con éxito la desmedida presencia del partido político como instancia, casi única, de relación entre la administración pública y el ciudadano.

La implantación de un modelo de libre mercado para Venezuela supone - versión óptima - que el adelgazamiento de las funciones del Estado, apareje un crecimiento de la participación político-social de la comunidad organizada. En sentido contrario se trataría, llanamente, de una nueva mascarada de la actual clase política, insensible al cambio y eterna rumiante de su deshilachado discurso.